

Soy Tomas Kertesz. En 1944 tenía 16 años.

En junio de 1944, a los 32 años, Raoul Wallenberg llegó a Hungría para salvar judíos, como resultado de una petición realizada al Presidente Roosevelt por un grupo de judíos de los Estados Unidos en el cual se encontraban, entre otros, Albert Einstein y del Dr. Koloman Lauer, hombre de negocios que conocía a Raoul.

Wallenberg solicitó un cargo diplomático para depender administrativa y económicamente del Ministerio de Relaciones Exteriores sueco y, también, para asegurarse inmunidad diplomática.

Mientras Adolf Eichmann ponía en práctica en Hungría todo lo que había aprendido en Polonia, Francia, Grecia, Ucrania, y rastrillaba eficazmente el país entero para deportar los últimos judíos, Wallenberg emitía pasaportes suecos (Schutz-Pass), que funcionaban como salvoconductos, para ser entregados a los judíos de Budapest a punto de ser deportados. Ya se habían deportado a medio millón de las zonas rurales en tan solo tres meses.

Wallenberg empleó 350 judíos en la embajada y yo trabajé como cadete, llevando formularios. También distribuía los esperados pasaportes. Cada miembro de mi familia recibió el suyo.

Cuando debimos abandonar nuestro departamento fuimos, igual que el resto, a edificios marcados con una estrella amarilla o a la zona del gueto. Cada familia se acomodó en una pieza, de modo que cada departamento era compartido por varias familias. Había también lo que se llamaban "casas suecas", alquiladas por Wallenberg. Lucían en su frente una bandera de Suecia y funcionaban como territorio sueco, igual que la embajada.

En octubre de 1944 Ferenc Szálasi, jefe del partido de extrema derecha "Nyilas", ("Flechas rotas"), denegó los salvoconductos pero Wallenberg consiguió que fueran revalidados el mismo día.

Todos los hombres de entre 16 y 60 años debían presentarse para hacer trabajos forzados. A papá y a mí nos llevaron con muchos otros para cavar

zanjas profundas para detener los tanques soviéticos. A comienzos de noviembre, por la noche, comenzó el ataque ruso y nosotros nos encontramos entre dos fuegos. Fue cuando nos ordenaron emprender la retirada a marcha forzada. El que no soportaba los rigores de la marcha era matado en el acto. A la madrugada entramos a Buda y nos permitieron descansar en el sótano de una fábrica de cerveza. A la mañana llegó un delegado de Wallenberg. Preguntó si había algún “sueco” entre nosotros. Fue así que esa vez, gracias al Schutz-Pass papá y yo nos salvamos. Los demás debieron seguir camino hasta Alemania, sin alimentos ni bebida alguna. Sin embargo, Wallenberg y un ayudante los siguieron y consiguieron salvar varias a personas más.

Los que quedamos en Budapest formamos un grupo de trabajadores suecos. Sin embargo, nuevamente nos detuvieron y llevaron a una estación de tren donde había miles de personas esperando ser deportadas. Nuestro destino parecía estar sellado otra vez. Pero nuevamente se interpuso Raoul quien, con un altoparlante, llamaba a los gritos a todos los suecos para que se presentaran ante él. Nuevamente papá y yo volvimos a salvarnos.

Vivimos hasta el 30 de diciembre en Pest, en uno de los edificios extraterritoriales suecos. A nuestro alrededor la batalla y los bombardeos eran constantes. Los “Flechas rotas”, nazis húngaros, irrumpieron en el edificio bajo el pretexto de controlar la documentación y nos obligaron a ir a la sede del partido y, desde allí, a las orillas del Danubio. El asesinato de los judíos de Budapest, iniciado por Eichmann, iba a ser terminado por los mismos húngaros nazis. Gracias a que alguien pudo escapar y avisarle a Wallenberg, éste llegó al borde del río, con la intención de impedir la masacre. Cuando preguntó por sus protegidos le respondieron: “Esos judíos de mierda hace diez minutos que flotan en el río”. Entre los que flotaban en las aguas teñidas de sangre estaban mis padres. Todavía no había llegado mi turno. Por tercera vez fui salvado por Wallenberg.

En enero de 1945 los soviéticos ocuparon Budapest, Wallenberg se presentó ante jefes del Ejército Rojo con la ingenuidad de los hombres de bien. Aunque había sido alertado sobre el peligro, desoyó el consejo. Lo recibieron cortésmente y lo enviaron a Moscú junto a dos nazis a los que había

estado enfrentado poco tiempo antes. Dicen que en Moscú tuvo una audiencia con Stalin quien prometió su liberación, pero ello nunca sucedió.

Luchó contra la discriminación, el antisemitismo, la xenofobia, salvó a decenas de miles de judíos, pero nunca pudo ser liberado ni pudo saberse qué fue de él.

Honrado en el mundo entero, fue declarado ciudadano honorario de los Estados Unidos, de Canadá, de Israel y de Australia.

La vida de Wallenberg fue transparente, luminosa y ejemplar.

Muchas gracias.